

senal (no de la B. N. P., como se dice en la p. [141]), que es el antes publicado⁸.

Es difícil, dado el criterio de absoluta fidelidad al original con que está concebida la presente edición, fijar la responsabilidad de las muchas erratas del texto. Algunas habrá que achacarlas a quien copió el ms. (como en la p. 93, "SEGVIDILLAS" por "REDONDILLAS"), otras a quien lo transcribió y a quien corrigió las pruebas. Cuando se quiere reproducir un texto del siglo xvii con todas sus aberraciones, debe ponerse sumo esmero en evitar que se añadan más en la imprenta del siglo xx (como las tres erratas cometidas en la p. 99, al suplir con el texto de Morel-Fatio una hoja que falta en el nuevo ms.). Hay, por ejemplo, varias evidentes confusiones de la *s* larga con la *f*⁹. Una errata se le desliza a cualquiera, pero hay que poner en claro cuáles se deben al copista antiguo y cuáles al moderno.

Sin duda un editor del siglo xvii hubiera enmendado y puesto en limpio el ms. antes de darlo a la imprenta. Aunque sentimos que los escrúpulos de don Antonio Pérez Gómez le hayan impedido hacer otro tanto, debemos agradecerle el que haya puesto de nuevo al alcance de los curiosos estas "notas marginales" a la historia literaria.

HANNAH E. DE BERGMANN

Hunter College.

VICENTE LLORENS CASTILLO, *Liberales y románticos. Una emigración española en Inglaterra (1823-1834)*. El Colegio de México, México, 1954; 382 pp. (Publicaciones de la NRFH, 3).

El presente libro —digámoslo desde ahora, pues no hay por qué tener suspenso al lector— es uno de los más excelentes que sobre ma-

⁸ De hecho, las variantes son poquísimas. El nuevo texto nos da los nombres completos de Grimaldo Gutiérrez (pp. 9 y 70, pero no en la p. 135), de Juan Navarro de Espinosa (p. 36), del doctor Joan Antonio de la Peña (p. 80; dado unos renglones más abajo en el ms. del Arsenal) y de don Antonio Martínez de Meneses (p. 109, pero no en la p. 136). La cita de Horacio, "Dictus et Amphion, Thebanæ conditor urbis", resulta en la p. 17: "Et cætus en Amphion, Tehane conditur vrbis", forma más parecida a la empleada en el *Diablo cojuelo* y a la versión del ms. publicado por Bonilla. Hay variaciones de forma, no de sentido, al mencionar a los premiados, cuyos nombres en el texto de Morel-Fatio siguen al "asumpto" correspondiente y en el nuevo se dan reunidos al fin. Otras variantes son de menos interés. En algún caso el ms. nuevo da mejor lección, pero más frecuente es lo contrario.

⁹ En la p. 128, Alfonso de Batres protesta en una redondilla porque lo llaman *don* Alonso, quitando una letra a su nombre: "Ami Don, seor mequetrefe / Alfonso es mi adulaçion / tomese el alia su Don / y dexeme con mi ese". Sobre la *f* de Alfonso de Batres véase además EL BACHILLER MANTUANO [=Bonilla] (ed.), *Vejámenes literarios por D. Jerónimo Cáncer y Velasco y Anastasio Pantaleón de Ribera (siglo xvii)*, Madrid, 1909, pp. 27-28, nota.—Otras confusiones entre *s* y *f*: "y no se fie de alcançarlo" (p. 57) por "y no se si e de..."; "es fin que ni para que" (p. 64) por "es sin que..."; "fiel" (p. 68) por "si el"; "saltado" (p. 82) por "faltado"; "sino" (p. 84) por "fino".—En el segundo de estos versos: "Confieso que fui tu esclabo / pero en lugar de la *H.* / que explica la esclabitud / pienso que mehiçe una *X.*" (p. 88), el sentido y la rima exigen que se lea *S* en vez de *H.*

terias hispánicas han salido a luz en los últimos tiempos. Excelente por su método riguroso, por la increíble riqueza de una documentación tan vasta cuanto difícil de allegar, por una prodigiosa sagacidad en la comprensión de las ideas y de los hombres, por la calidad literaria. Por todo. Responde a este propósito, que debe de respirarse en nuestra atmósfera, pues somos ya varios los que nos aplicamos a cumplirlo, de no limitar el estudio de las actividades del espíritu al examen de formas lujosas que pudieron hallar tal vez, adrede o por azar, ciertos hombres extraordinarios —sin escatimar ni escamotear por ello el poder creador de esos hombres. El tema que el autor se ha propuesto no le hubiera permitido, cierto, gozarse en fáciles o difíciles esteticismos, pero la elección misma del tema indica que lo que le atrae poderosamente es la historia, en toda su inmensa complicación social. Y la historia que aquí encontramos es irreprochable, como concepción y como relato. ¡Gran libro!

Llorens dedica su estudio a la emigración española que, entre 1823 y 1834, tuvo a Inglaterra por asilo. Ha escrito un libro terriblemente amargo. Él al escribirlo, como yo al leerlo —al leerlo hubo ocasiones en que casi perdí de vista la cronología—, ha debido de sentir como un acíbar la mortal reiteración de esta mortal historia española de los últimos tiempos. Pero su objetividad jamás se desmiente y nunca incurre en confusiones. Sin generalizar nunca, su propósito es mostrarnos lo que fueron los españoles en Inglaterra en el período inscrito entre las fechas indicadas, y apenas se sale de ellas. (Con lo que tal vez exagera. Quizá, en el caso de Blanco-White, de Mora, de Galiano, que de este libro salen como nuevos, no hubiera estado de más ser “profeta del pasado”, aun sin imitar a Carlyle, y dejarnos ver lo que fue de aquellos hombres andando los años. Ello hubiera tenido interés sobre todo en cuanto a la vida de Galiano, el hombre más inteligente y más claro de cabeza de todo el grupo, sobremanera escurridizo más tarde. Después del párrafo final, “El desengaño romántico-liberal”, se echa menos un apéndice o un epílogo en que se tratara la cuestión más a fondo. Aún volveremos sobre esto).

Los primeros cuatro capítulos de este libro —que, entre paréntesis, está compuesto de un modo magistral— se leen como la mejor novela de Baroja. Ante nuestros ojos desfilan muchos de estos hombres arrojados por la resaca política a las costas inglesas, y nos enteramos de sus condiciones, de sus actividades, de su pergeño a veces, de sus limitaciones, de sus manías. ¡Prodigiosa galería de tipos, que hubieron de dejar turulatos a los mismos ingleses! Hay páginas, como la referente a la agonía del canónigo Riego —convencido de la virtud medicinal de los vinos españoles, que muere de un ataque de corazón sin tiempo de llevarse a los labios la última copa de jerez— que harían honor a la mejor novela, y los relatos de la expedición de Torrijos, que tan desastrado fin tuvo en las playas de Málaga, o de la tentativa de Mina y el fin de Chapa-langarra, se leen con el corazón encogido. Todo esto y mil cosas más es de óptima calidad, la erudición de primerísima mano —los datos referentes a los amigos ingleses de Torrijos o a los manejos de Mina, por ejemplo. Pero todo ello, que haría del libro de Llorens un excelente

ensayo histórico, no es más que una entrada en materia. Lo más importante viene luego.

Desde el punto de vista de los estudios hispánicos —cultura y literatura— es más importante, claro está, el contenido de los capítulos v-ix, en que se recoge la copiosa bibliografía de la emigración. Lo más importante desde el punto de vista erudito; aún se leen cosas de más valor al final del libro. En los mencionados capítulos se habla de las traducciones hechas por algunos emigrados, traducciones del inglés o de otras lenguas, y de algunos escritos originales. Curiosísimo es que entre lo traducido —para la América española, claro está, aunque algo llegó también a España o se reprodujo allí más tarde— apenas figuren novelas, siendo como era Inglaterra entonces fecundísima productora de ficciones novelescas. Si se compara la producción “para América” de estos emigrados con la que por los mismos años sale de prensas francesas —de toda Francia, no sólo de París; de Burdeos, de Perpiñán, de Nîmes, de Marsella— no deja de maravillarnos la parsimonia con que los ingleses se ocuparon en difundir su producción novelesca. Sobre todo teniendo en cuenta que muchas de las traducciones impresas en Francia lo eran de originales ingleses, habidos de segunda mano. A través de Francia conocieron España y América a Walter Scott —aunque, de modo absoluto, las primeras traducciones de Scott al español sean las de Mora, impresas por Ackermann en Londres y reimpresas más tarde en España. De una parte, es claro que la mayor baratura del libro francés hubo de inhibir la iniciativa inglesa. Pero ¿no contaría para nada en esa inhibición el hecho de que los españoles que vivían en Inglaterra, más selectos, en general, que la masa emigrada a Francia, y educados en el clasicismo, no tuvieron la novela en grande estima? No sé qué pensar de lo que Llorens (p. 137) dice de la reconciliación de Mora con aquella literatura romancesca de los pueblos del Norte de que tanto se había burlado antes. Quizás fuera más justo decir que aceptó a Walter Scott porque no podía menos. Parece que los emigrados recibieron bien a Walter Scott porque era quien era, pero que no consiguieron nunca, o pocas veces, superar su menosprecio por la novela. Creo que no es inoportuno mencionar esto, pues tiene algo que ver con esas conversiones al romanticismo de que hablaremos luego. Además, algunos españoles llegaron a tener en Inglaterra imprentas propias, y no dependían sólo del estímulo editorial inglés. ¿Por qué, entonces, esa falta de curiosidad por las novelas de su país de asilo? Sobre todo cuando reconocían, como reconocía Galiano, en 1834, que los españoles eran muy dados a la lectura de novelas; era de suponer que no lo fuesen menos los hispanoamericanos.

Llorens ha reseñado en esta parte de su libro cuantos salieron de las plumas de los emigrados, originales o traducidos. Lo ha visto todo, lo ha descrito todo con el mayor escrúpulo bibliográfico. Lo que mayor interés tiene hoy para nosotros es lo referente a las numerosas revistas españolas publicadas entonces en Inglaterra. Esta parte de su trabajo es absolutamente admirable, tanto más cuanto que sólo Dios sabe las dificultades que la rareza de esas colecciones, completas en poquísimas bibliotecas, ha podido depararle. Ha visto todos los *No me olvides* publicados por Mora y Mendíbil para Ackermann —en muy lato sentido

puede considerárselos entre las revistas— y *El Español Constitucional*, *Ocios de Españoles Emigrados*, *El Emigrado Observador* y otras muchas cosas. De gran interés en este capítulo es lo referente a las relaciones, nada cordiales en general, entre españoles e hispanoamericanos, lo que no impidió que aquéllos colaboraran con frecuencia en los periódicos de éstos. (El libro de Llorens contiene un anecdotario infinito, aunque involuntario. El autor es demasiado buen historiador para contentarse con referir anécdotas. Pero la anécdota, y la mejor, pues por una vez es cierta, sale de las cosas mismas que dice. Ninguna más enjundiosa que la que encontramos en la p. 143, a propósito de los *Catecismos* de ciencias y artes de Ackermann, tan admirados por el antiespañol Sarmiento, que no debió de darse cuenta siquiera de que volvían a ser españoles los que en ellos le daban los rudimentos de su atropellada educación. Se comprende, después de leer esto, el éxito de Mora en América y la importancia de su obra educadora allá).

Como logro erudito, las páginas de mayor importancia en esta parte del libro son las referentes a los periódicos de los emigrados, a las cuales habrán de recurrir los historiadores de nuestro romanticismo para documentar pormenores curiosos relativos a la obra de Espronceda, de Rivas, de otros poetas menores. Hay en esas páginas muchos datos desconocidos y valiosos sobre historia de textos y variantes; no los enumeraremos aquí por no hacer interminable esta reseña, como ni las abundantes noticias que para el estudio de la obra poética y prosaica de Mora contiene el examen de los *No me olvides*. (Y se me ocurre que en estos tiempos en que tanto libro ininteresante o inepto se reimprime, no estaría de más, aunque sólo fuese para hacer apreciar el contraste, refrescar el recuerdo de Mora entre nosotros. Se le ha hecho siempre poca justicia, y aunque su persona, como ocurre casi siempre con nuestros pre-románticos y románticos, sea muy superior a su obra, ésta, por muchas razones, suele estar mil codos por encima de la de numerosos contemporáneos del autor; aun donde no hay logros plenos no faltan anticipaciones y sugerencias, y Mora es inocente de que ellas no hallasen eco simpático y tempestivo desarrollo). Todo lo que acabamos de mencionar, con ser muy bueno, no alcanza el interés de los trozos dedicados a la colaboración de algunos emigrados españoles a revistas inglesas. La incomprendible manía de los editores de aquellas revistas, de dar siempre anónimos los artículos que en ellas estampaban, hace sobremanera ardua la tarea de devolverlos ahora a sus autores, y sólo una familiaridad extraordinaria con el pensamiento y el estilo de cada cual ha permitido a Llorens sorprendentes precisiones. Hubiera sido deseable que al final del libro una sinopsis clara nos permitiera apreciar la cuantía y origen de estas contribuciones, pero quizá esto haya de ser asunto de un nuevo trabajo. Creo saber que Llorens proyecta una vasta antología en que ha de reunir lo más granado del pensamiento español de ese tiempo, sobre todo en el campo de las especulaciones estéticas. Ningún libro de los que sé en curso de preparación espero con tanta impaciencia. De él saldrá una visión nueva de nuestro romanticismo, ideas claras y distintas sobre lo que fue y no fue, lo que pudo y no pudo ser. Algo de ello se inicia ya en *Liberales y románticos*, y a examinarlo pasamos en seguida, no sin decir ahora,

por no hacerlo a destiempo, que el lector estudiará con provecho en esta obra todo lo atingente a los españoles que cultivaron las letras inglesas en los años de la emigración. Trueba y Cossío, por ejemplo, a quien ya nadie lee y que, por lo mismo, después de los encarecimientos de Menéndez Pelayo, se ha convertido en un personaje casi mítico, es objeto de nuevo estudio que le coloca en el puesto, no tan eminente, que con justicia debe ocupar.

Tres figuras se agigantan en medio del grupo, no poco selecto, de los emigrados en Londres: Blanco-White, Alcalá Galiano y Mora. El primero queda un poco al margen de este cuadro histórico, ya que su huida a Inglaterra fue independiente del movimiento liberal, cuyos ideales no compartía del todo. El problema de Blanco era mucho más complejo que el de los emigrados, y como más íntimo, podríamos decir que más romántico. Blanco parece romántico hasta cuando era clásico, cuando, recordando sus estudios humanísticos, citaba o imitaba. Llorens recuerda oportunamente, a propósito de las desazones del poeta, que ya presentía que la expatriación no iba a resolverle sus más entrañables conflictos, aquella elegía a Quintana, escrita entre 1805 y 1808:

No muda el corazón, tan sólo muda
el cielo el infeliz que su destino
quiere evitar huyendo el patrio suelo . . . ,

que es el "Caelum, non animum mutant qui trans mare currunt" horaciano. Pero ¡de qué manera! Ahora la frase no es una simple imitación, sino reflejo de la vida misma del que escribe. Porque Blanco fue así, y porque su sensibilidad le exponía sobremanera a los influjos de una literatura que pretendía ser eso mismo, Blanco se adapta tan pronto al ambiente literario inglés, donde el cultivo de las letras clásicas no era rémora de la originalidad y autenticidad del poeta, sino a la vez estímulo y disciplina. Este nuevo humanismo hubo de parecer anti-neoclásico por lo mismo que el *Laokoon* de Lessing puede parecer a veces pre-romántico, pues si se aceptaba el venerable magisterio de los antiguos, se hacía caso omiso de arbitrarias convenciones modernas con un "¿Por qué?" de efecto irresistible una vez formulado. Blanco-White, como dijimos, queda un poco al margen del libro que nos ocupa, y sin embargo su sombra se proyecta sobre todo él, pues, directa o indirectamente, no pudo menos de influir sobre los refugiados, aunque los más, por patriotismo, hicieran lo posible por ignorarlo. Llorens señala, con mucha agudeza y clarividencia, varios casos, a mi juicio indudables, en que el pensamiento de Blanco penetra las páginas de Mora o de Galiano. No hay duda de que algo y aun algo del espíritu de Blanco volvió a España por obra de compatriotas que, en lo posible, evitaron citarlo. Pero creo que si Mora y Galiano recibieron la influencia de Blanco y otros no, es porque ellos se encontraban, en cierto modo, en el caso de Blanco, aunque el suyo fuese menos dramático, por ser más dúctiles y acomodaticios.

Y llega el momento de hablar del romanticismo de los tres. Tengo que epilogar un poco sobre lo que Llorens ha escrito, pues sus conclusiones, tal vez por motivos de economía editorial, se resienten de una brevedad que deja al lector un poco frustrado. El mejor capítulo de *Liberales y*

románticos es el último, lleno de sugerencias, temas de meditación y excelentes interpretaciones. Es un resumen de cosas dichas antes, pero, como todos los buenos resúmenes, es más que una apretada reiteración de lo ya dicho y deja muchos hilos sueltos: los hilos en que ha de engarzarse el quehacer inmediato. Lo que podríamos reprochar a ese resumen suyo es la brevedad (32 páginas) y que el final, sobre todo, sea demasiado abrupto, por lo que nos deja, como se dice vulgarmente, a media miel. Esto, el que las cosas allí dichas se escorcen en demasía es lo que nos da pretexto a nosotros para adelantarnos al autor y epilogar sobre ellas. Creemos no exceder las creencias y convicciones del autor al añadir lo que sigue.

Mora y Galiano salen de España después de su histórica trifulca con Böhl de Faber referente a Calderón y al antiguo teatro español. Llorens pone muy bien de relieve cómo hay que entender el antagonismo entre Mora y Galiano, por una parte, y Böhl, por otra: un antagonismo político más que literario, exacerbado por la falta de tacto, genuinamente germánica, del último. A Böhl, quien —extremando culpablemente las interpretaciones de Schlegel— tomaba a Calderón como un pretexto o como un medio de justificar su nueva ideología católica, le interesaba sobre todo el mantenimiento de una España en que encarnar la imposible quimera, y los liberales españoles no podían admitirla —aparte no poder admitir tampoco la vigencia de formas literarias de que aquellos buenos alemanes no se percataban siquiera y eludían en la discusión; probablemente, ni Mora ni Galiano se reconciliaron nunca con el culteranismo de Calderón, que tampoco fue grato a Menéndez Pelayo ni, creo, a ningún crítico español del pasado siglo. Esto, aparte la cuestión de las unidades, era lo vitando para los neoclásicos y siguió siéndolo para muchos hombres que consideraban ya el estrecho neoclasicismo como algo superado. (Ni esto era nuevo. Como ya nadie lee a Luzán, suele olvidarse que don Ignacio nada tenía de anticalderoniano cerrado, y que, lamentando amargamente que hubieron de lamentar muchos románticos, creyó poder hacer no pocas salvedades en favor del poeta. El enemigo, para Luzán, no era tanto Calderón cuanto Lope). La famosa querrela fue un largo hablar para no entenderse, empeñado Böhl en demostrar a los españoles que debían ser muy respetuosos con su pasado católico, monárquico y oligárquico, porque ahí estaba Calderón, tan admirado en Alemania, ¡oh!, para hacer ver qué bueno fue todo aquello (lo que, como dice muy bien Llorens, hubiera hecho de España una especie de Turquía occidental), y tercios los otros en mantener que un país no puede hipotecarse a poetas más o menos culteranos, decadentes por ende, y decadentes por haberse visto inmersos en una atmósfera asfixiante. Llega la hora amarga de la emigración, y Mora escribe cosas de todo jaez, y traduce a Walter Scott —no sin dejar en ocasiones de satirizar el romanticismo; ya nota Llorens que por él hubo en español caricaturas anti-románticas antes de que el morbo cundiera entre nosotros. Y Galiano prologa *El moro expósito*. Por lo que solemos decir: los emigrados se convierten al romanticismo durante la emigración; indefectiblemente, el que salió clásico volvió romántico.

Si pudiéramos estar siempre de acuerdo sobre lo que fue el romanticismo, ello, de un modo general, podría ser cierto. Pero dadas las con-

fusiones actuales, quizá fuera más justo decir que el que salió clásico volvió ecléctico o escéptico. Ello ocurre entonces con todas las emigraciones, y la francesa es testigo de mayor excepción. "Le changement de littérature dont le XIX^e siècle se vante lui est arrivé de l'émigration et de l'exil", dice Chateaubriand en sus *Mémoires d'Outre-tombe*, hablando de los destinos de su generación literaria. A ese cambio de manera suele llamársele romanticismo, y ello es legítimo cuando se postulan bien los términos y no se olvida que hubo muchos romanticismos. El cambio en Francia, mucho más coherente y claro —como que había altos precedentes en la literatura del siglo anterior—, es mucho mejor conocido porque está mucho mejor estudiado; por esa razón no hay nadie que confunda a Chateaubriand con Victor Hugo o a Mme. de Staël con Vigny. En España no suele distinguirse bien, que yo sepa, entre el Duque de Rivas y Zorrilla, entre la generación que simplemente dejó de ser neoclásica y la que de todos modos no hubiera podido ya serlo. La de los emigrados, sobre todo estos emigrados en Inglaterra, comprendió muchas posibilidades que antes no había sospechado. Algunos de estos emigrados en Londres se hicieron muy bien cargo de lo que se iba elaborando allí y en Alemania —y el intermediario ya no era Böhl—: esta nueva exigencia de que la literatura fuera la expresión de un alma nacional, atendida a una tradición, popular en el más auténtico sentido de la palabra, fiel a las palpitaciones de la vida, de esta vida nuestra de hoy, que, por los misteriosos vínculos de la sangre, va hacia un pasado que es también nuestro —todo ello sin necesidad de prestar nuevo vasallaje a Fernando VII ni plegarse a las exigencias de los frailes. Esa literatura, por ser así, quedaba libre de reglas arbitrarias, se emancipaba del universalismo ilusorio del clasicismo francés, la abstracta universalidad neoclásica, por aspirar a otra más alta. Pero vuelven los emigrados a España, y hacia 1835 —Larra nos lo dice— la literatura española se desenvuelve en pleno romanticismo... francés. El que ello fuera así —y causa del "desengaño romántico" de los llegados de Inglaterra— se explica por mil razones que ningún manual de literatura permite ver. No todos los liberales habían emigrado a Inglaterra; los más mediocres, y los más necesitados y más ruidosos, vivieron en Francia durante largos años, y de allí trajeron dos cosas que los otros no pudieron o no quisieron traer, y que el público español —que empieza a manifestarse, producto de la revolución, como en Francia— reclama vorazmente: novela y teatro. Se traduce mucho y se produce poco, y lo que se produce a lo traducido ha de atenderse, si quiere tener éxito. Por eso Martínez de la Rosa fue lo que fue; por ello respira cuando cree que vuelve a triunfar la razón; por ello fue Larra mismo tan contradictorio; por ello los venidos de Inglaterra —tengo que insistir de nuevo sobre Galiano—, que más que una obra poética y un gran paquete de traducciones traían una crítica tan parsimoniosa, generosa y comprensiva que no parece romántica sino ecléctica, hubieron de sentirse a disgusto en medio de lo que encontraban. Lo que en Inglaterra se puede llamar romanticismo se hacía sobre Shakespeare; esto otro, lo inmediatamente aceptado por el público, sobre Dumas. De todo ello se origina una complejísima situación: los escritores que aún tienen "maneras literarias", los que aún no creen, ni creyeron nunca (como aquellos románticos de Mesonero), que la lite-

ratura sale como las barbas, parecen a menudo románticos a pesar suyo, y cuando no hacen obra poética y hacen crítica, hablan como si no fueran románticos al uso. Este es muchas veces el caso de Larra; con más motivo, el caso de Galiano. Galiano, ya en el prólogo a *El moro expósito*, dijo con sorprendente clarividencia que lo que se hacía en Francia —lo que hacían ciertos franceses, por lo menos, que ya no eran el Chateaubriand de *Los mártires*, deslumbrando al lector con citas griegas— no era romanticismo, presupuesto que el romanticismo era una vuelta a la vida, una liberación de los poetas, atentos ahora a expresarse a sí mismos, atentos a sus circunstancias, atentos al carácter nacional; que lo que aquéllos hacían era volver del revés el neoclasicismo, ponerle signo contrario. Cuando Mora escribe en 1844 el prólogo a los *Ensayos* de Lista, no parece ciertamente un romántico, y menos un converso al romanticismo —los conversos suelen ser muy extremosos en todos los casos; testigo Böhl de Faber. El romanticismo de estos románticos se reducía —a más de una condición básica: aproximación de la literatura a la vida— a la aspiración a hacer de la literatura española una literatura nacional, no un eco de otras, por antiguas y respetables, o por brillantes y populares que fuesen. Esto fue lo que propugnó Blanco toda su vida. Pero las obras de éxito popular más inmediato se oponían como una rémora al cumplimiento de ese propósito. El romanticismo de los teatros y de los gabinetes de lectura era otra cosa. Hubiera sido milagroso que una vez más en España la teoría y la práctica no hubieran andado a contrapelo.

En Inglaterra, el romanticismo —lo que quiera que fuese— volvía los ojos a Shakespeare, a la tradición poética inglesa, redescubría las baladas. Los románticos españoles conocieron poquísimos la vieja literatura española. Durante mi vida académica he intentado mil veces, siempre sin éxito, convencer a discípulos míos del interés que tendría escribir una tesis que se titulara “Las cien mejores poesías castellanas”. Una tesis puramente estadística. Probaría esta tesis, creo, que desde Quintana hasta Menéndez Pelayo, los españoles han leído siempre los mismos poetas, los mismos poemas, cualesquiera que hayan sido sus convicciones literarias —y si los muy eruditos han leído otras cosas, han ido a ellas por motivos ajenos a la pura fruición estética. (Las denegaciones y repulsas del 98, aquello de que “en España no había poesía lírica” y otras cosazas, se debían siempre a desconocimiento y no poder más, pero a partir de aquellos años el progreso ha sido, por una vez, de consecuencias revolucionarias). Los románticos supieron poco del pasado porque era arduo el informarse y más sencillo el imaginarlo. Cuando Mora, por ejemplo, en su traducción de *El talismán* de Scott, se ve en el caso de introducir una trova, elude la dificultad insertando un romancito morisco de muy buen garbo, pero tan siglo xvii que parece de un discípulo de Lope de Vega. No hay para qué hablar aquí de los versos de “trovadores” que suelen leerse en novelas históricas. Toda la maravillosa poesía semipopular de los siglos xv y xvi fue letra muerta para aquellas gentes —aunque no siempre lo fuera para Böhl, cuya *Floresta*, no sé si por haberse impreso fuera de España, tuvo muy poca difusión entre nosotros; pero Böhl mismo ignoró o pretirió muchas cosas. Y luego, no hay que olvidar que detrás de todos los román-

ticos más jóvenes anduvo siempre la palmeta de Lista, ecléctico generoso, pero muy limitado en sus conocimientos de la vieja literatura. Faltó a nuestros románticos un gran erudito que los guiase a través del pasado literario español; sólo tuvieron a Durán, escasísimo de conocimientos y de alcances. En el libro de Llorens hay mucho pormenor curioso sobre el esfuerzo de los emigrados por dar a conocer la literatura medieval española —y no sólo en Inglaterra; los artículos de Florán en *L'Europe Littéraire*, donde ya se aprecia el *Poema del Cid* como un poema y no meramente como una antigualla, son de alto interés—; pero, en general, estos hombres no podían enseñar lo que no sabían. De aquí que este romanticismo, que tantas veces ha sido proclamado continuación de la historia de España, lo fuera más bien de una supuesta historia, ya que aquellos hombres desconocían la verdadera. Difícil de armonizar con el pasado, sumergido por modos advenedizos o modas ridículas, el romanticismo más popular fue eruptivo y efímero, y muchos escritores parecen darse a él a pesar suyo. El Galiano que en 1845 publica la *Historia de las literaturas española, francesa, inglesa e italiana en el siglo xviii* apenas habla nunca como un romántico convencido. (Y quizá Galiano contribuyese a que su sobrino Valera se mostrara siempre tan reacio a aceptar los grandes logros románticos).

Nada de lo que aquí se escribe contradice, en cuanto me es dable interpretarlo, el pensamiento de Llorens, aunque él no llegue tan lejos y sea yo el que epilogue. El título de su libro, que no debe de ser caprichoso, pues nada hay en él abandonado al azar, me permite colegir que, en lo más íntimo, sus ideas no difieren de las mías. Liberales y románticos. El liberalismo va primero: la aspiración a una nueva vida, el ensueño de una España renovada. Vida, y vida plena. Sacudidas las trabas impuestas por preceptistas cacoquimios, la literatura nueva será la expresión de la nueva España, de la nueva vida. La acción corre delante del pensamiento literario. Esa literatura a que se aspira, claro es, no ha de ataviarse de nuevo a la francesa. Lo que tal vez aparece como involución en Galiano, contradicción en Larra, frivolidad en Martínez de la Rosa, no pudo ser sino un resultado del despertar de aquel sueño. La generación “criada o deslumbrada en el extranjero” —la frase es de Larra— al regresar dio de bruces con una realidad española más difícil de lo que había imaginado. Las dos Españas habían vivido a destiempo. Gran drama el de nuestra época moderna: inadecuación de dirigentes y dirigidos. De aquí los desengaños, y con ellos los cambiazos bruscos, las defecciones y los resellamientos, en política como en literatura. (Un hombre de otra generación y de otras dotes, como Zorrilla, puede vivir hasta casi el fin del siglo creyéndose un “trovador”. Él no había pasado por las otras experiencias ni pensado seriamente en nada. Era el destino y el privilegio de su generación; dudoso privilegio en verdad).

No hemos de terminar sin repetir el ruego de antes. Vicente Llorens es hoy por hoy el mejor guía en estas cuestiones, cuya elucidación ha de cambiar radicalmente la perspectiva de las letras españolas del siglo pasado. Tiene que darnos los materiales necesarios, esos textos que tantos apriorismos y tantas confusiones desvanecerán. Pero tiene que darnos también —él sólo puede hacerlo— un gran libro sobre Blanco-White y

un gran libro sobre Galiano. ¿Y por qué no un gran libro sobre nuestro romanticismo que, a pesar de los muchos materiales desperdigados, resulta cada vez más confuso, por falta de métodos rigurosos y de ideas claras?

JOSÉ F. MONTESINOS

University of California,
Berkeley.

SHERMAN H. EOFF, *The novels of Pérez Galdós. The concept of life as dynamic process*. Washington University Studies, Saint Louis, 1954; 178 pp.

WALTER T. PATTISON, *Benito Pérez Galdós and the creative process*. University of Minnesota Press, Minneapolis, 1954; 140 pp.

Interesantísimo es el libro de Eoff, estudio sistemático de cómo la técnica narrativa de Galdós nace de la relación interna entre el desarrollo de la personalidad de sus personajes y el medio ambiente en que los personajes se mueven. En las novelas de Galdós "el desarrollo de la personalidad es parte integral del movimiento narrativo" (Introducción, p. 3). A probar esta tesis dedica su excelente libro.

El cap. 1 ("The narrative plan") es un recorrido general de la estructura narrativa de todas las novelas de Galdós¹. Durante sus años de aprendizaje (1867-1873) Galdós se muestra indeciso con respecto a la forma de sus novelas (p. 5). *La Fontana de Oro* es, esencialmente, una novela histórica en la que los personajes, más que personalidades vivas, son esquemas superficiales y fijos que se mueven dentro de un marco dado históricamente. Notable excepción es Doña Paulitas, personaje secundario, en el desarrollo de cuya personalidad en relación con las circunstancias podemos ver el germen del tratamiento que, en sus mejores novelas, dará Galdós a sus personajes (pp. 5-6). En *El audaz* la narración tiene dos planos en conflicto técnico: por una parte, el episodio histórico, fijo, sobre el cual los personajes pasan como esquemas de vida y, por otra parte, el episodio amoroso, a través del cual los personajes adquieren una personalidad propia que se desarrolla, naturalmente, con el progreso de la narración (p. 6). Hasta aquí la primera época, el período de indecisión técnica. Como momento aislado, único en toda la obra de Galdós, aparece a continuación *Doña Perfecta*. Se trata ya aquí de un estudio de personalidades, pero presentado en forma dramática, no biográfica. En efecto, en oposición a las novelas de la plenitud de Galdós, queda excluido de *Doña Perfecta* todo lo que no tenga relación directa con el eje de la trama. Lo que le importa destacar aquí es el drama centrado en una situación, no las vidas en desarrollo a través de largos períodos de tiempo (p. 7)². Con *Gloria* empieza

¹ Por razones que se comprenderán más adelante, quedan excluidos del estudio de Eoff los *Episodios* (lo histórico, dado ya) y el teatro (lo dramático, no biográfico).

² He aquí cómo explica Eoff la diferencia entre la narración de tipo dramático y la de tipo biográfico: "Hay cierto tipo de argumento que coloca a una persona en una situación que exige una acción decisiva y la obliga a revelar su personalidad en